Tercera edición: mayo 2016

Los años de la ballena
Antonio Díaz González

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788416274529

Diseño de Cubiertas y Maquetación:
© 2016 David Verdugo Abad. Portada sobre una fotografía de Antonio Díaz González

Portada sobre una fotografía de Antonio Díaz González

Producción:
© 2016 Punto Rojo Libros

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Los Años de la Ballena

El misterio del pozo masconato

Antonio Díaz González

PRÓLOGO

Los años de la ballena: Una amable invitación para que vivamos la literatura y para que leamos la vida

José Antonio Hernández Guerrero

A los lectores que caigan en la tentación de ojear –o incluso de hojear– esta novela me atrevo a pronosticarles que tropezarán con serias dificultades para frenar sus impulsos devoradores antes de terminar de recorrer, paso a paso, la zigzagueante y amena ruta que Rubén transita por Barcelona, Jerez, San Fernando y Cádiz, a través de las 264 páginas de este interesante y ameno relato. En mi opinión, la razón de la intensa atracción que ejercen las pinturas de los espacios, los dibujos de los perfiles humanos de los personajes y los relatos de las peripecias de los episodios aquí narrados radica en la feliz convergencia de varios recursos intensamente expresivos.

Me ha llamado la atención, en primer lugar, esa eficaz manera de obligarnos amablemente a plantear sucesivas preguntas, a dudar entre las múltiples respuestas y, sobre todo, a buscar, en nuestros recuerdos, unas experiencias análogas a las que viven los diferentes personajes. Fíjense, por ejemplo, en la retahíla de cuestiones que Rubén se plantea a él mismo, al "techo de la habitación" y, por lo tanto, a nosotros, los lectores:

> *¿Qué misterio se cernía sobre aquella señora mayor? ¿Qué podría esconder para huir de esa forma ante su cámara? ¿Creería entonces que sus tomas iban expresamente dirigidas a ella con alguna extraña intención? ¿Se sintió vigilada por él? Eran muchas las preguntas que*

hacía Rubén al techo de la habitación de su pequeño apartamento alquilado mientras se cruzaba las manos bajo la nuca. El techo permaneció mudo (70).

Tengo la impresión de que uno de los propósitos del autor de *Los años de la ballena* es animarnos para que, durante la lectura, vayamos completando con nuestra imaginación esos sugerentes huecos que intencionadamente deja libres o, en otras palabras, estimularnos sagazmente para que, al menos mentalmente, construyamos nuestra propia novela. Y es que Antonio Díaz González sabe muy bien que leer consiste, no sólo en interpretar un texto, sino también en establecer una íntima comunicación con el autor e, incluso, en mantener un diálogo abierto con cada uno de los personajes.

Es cierto que las novelas, por pertenecer al género literario de ficción, cuentan hechos imaginarios pero también es verdad que, cuando el autor posee la habilidad de enviarnos sutiles guiños ofreciéndonos datos comprobables, puede lograr que recibamos la impresión de que relata unas historias reales próximas a las que nosotros hemos vivido en lugares tan concretos como, por ejemplo, la Plaza de Cataluña o el Barrio Gótico, de Barcelona; la Iglesia Mayor, la Calle Real, La Carraca, La Constructora Naval, la Plaza de la Iglesia, la Iglesia de la Pastora o el Caño de la Jarcia, de San Fernando; una huerta de Chiclana; el Barrio de la Viña, la taberna de El Manteca o la Cuesta de las Calesas, de Cádiz. En eso consiste, como es sabido, el arte de lograr que los episodios narrados sean "verosímiles" y, por lo tanto, creíbles. En el conjunto de descripciones y de narraciones, sin embargo, he observado un permanente equilibrio entre las referencias a objetos y a hechos reales, y entre los datos constatables y los episodios creados mediante un esmerado ejercicio imaginativo.

Otro acierto de esta obra es, en mi opinión, la hábil disposición de la trama. Me refiero, no sólo a la atinada articulación de los episodios para despertar el interés y para mantener la atención sino, también y especialmente, al oportuno trenzado entre el relato grabado

de Marta, la anciana, y las peripecias contadas por Rubén. Ese cambio de registro, además de incrementar la aludida verosimilitud, nos genera la impresión de que, los personajes, al hacernos partícipes de confidencias íntimas, nos ofrecen su leal amistad.

He de reconocer, sin embargo, que los rasgos más caracterizadores de esta novela y, a mi juicio, los más valiosos si aplicamos unos criterios estéticos, son la densidad literaria, la agudeza analítica y la profundidad crítica. Partiendo del supuesto de que, como texto perteneciente al "género literario narrativo", es una composición artística, la delicadeza sensorial, la finura sentimental, la fuerza imaginativa y, en resumen, el mensaje vital, alcanzan una relevancia peculiar. Antonio Díaz González muestra una singular destreza para sentir, para expresar y para hacer que los lectores, sus confidentes, seamos partícipes de sus sensaciones y de sus emociones. Fíjense, por ejemplo, en la exactitud con la que dibuja la expresión de ese rostro que, al transmitir la sensación de neutralidad, genera esperanza: "Sabía que no lo tenía fácil, sin embargo, esa sensación de neutralidad que apreció en el rostro maduro le dio esperanzas [...] a pesar de que aún no sabía que fue su bigotón entre gris, blanco y amarillo lo que realmente le impidió apreciar su verdadera expresión" (27).

Con los datos que en esta obra se recogen podemos comprender cómo las caras traslucen de manera directa la configuración del espíritu y las razones por las que, a veces, nos empeñamos inútilmente en disfrazarnos para ocultar nuestra verdadera personalidad. A mí me llama la atención, además, la importancia que el autor concede a los sonidos y, por lo tanto, la insistencia con la que aplica su fino oído para, por ejemplo, captar el efecto que produce la mezcla del acento catalán y el andaluz con el ruido de la cuerda chocando contra el suelo cuyos ecos parecían encoger más aún la placita (51). Pienso que resulta especialmente acertada su eficaz manera de relatar los ecos psicológicos de aquellos reiterados ruidos que ambientan y perturban algunas de las decisiones de Rubén:

Un conjunto de cinco o seis sonidos secos y metálicos, distintos todos y repetitivos hasta casi la hipnosis, ponían banda sonora a toda la calle. Triquitrín tron tran, triquitrín tron tran, triquitrín tron tran... A Rubén se le metió el ritmillo en la cabeza. Entró en el amplio portal vecino a la imprenta y se dirigió a las escaleras hacia la vivienda de la huidiza señora. La duda se apoderó de él en el primer escalón. ¿Qué coño hago aquí? (53).

...Por el segundo piso todavía seguía con el triquitrín tron tran en su cabeza, aún sin oírlo ya por la distancia. Todo cuanto pensaba, incluso sus pasos en cada peldaño, se iba acomodando a aquel ritmo tan pegadizo. Recordó entonces al impresor con delantal azul que metía una hojilla en la máquina cada vez que ésta se abría como un animal hambriento. Pensó también en la vida privada de aquel hombre, en cómo podía influir esa locura de ritmo cadencioso en su vivir diario. ¿Andaría hasta su casa sintonizando sus pasos con el triquitrín tron tran? ¿Haría el amor con su mujer imponiendo esa cadencia? (54).

No se me quitaban de la cabeza aquellos sonidos que oía mientras buscaba por la vía del tren..., ra-ta-ta-ta... era como un martilleo que no se me iba (67).

No tengo inconvenientes en formular la hipótesis de que la fuerza comunicativa de este texto se origina, sobre todo, en amplia capacidad para lograr que los lectores sintonicemos con las emociones contradictorias de la esperanza y temor, de la alegría y la pena, del cariño y la antipatía o de la codicia y la generosidad.

Una preocupación le invadió sin avisar. Aún no conociendo bien a aquel chico, se lo habían asignado en su día de prueba y sin apenas darse cuenta el novato había conseguido que le aflorara un sentimiento paternal de protección. El fragor del enfrentamiento, los gritos y los estallidos de los cartuchos con balas de goma no hicieron sino aumentar su preocupación, eso no evitó que siguiera disparando su cámara apuntando hacia las cargas y las carreras de manifestantes y policías (28).

Otro de los criterios que he aplicado para medir el grado de densidad poética de esta novela es la cantidad, la variedad y la originalidad de las imágenes, construidas mediante comparaciones explícitas y metáforas sorprendentes. Como ejemplo ilustrativo nos puede servir la eficaz explicación que nos ofrece del momento en el que descubre la intensidad de su irrenunciable vocación fotográfica:

> *En tan solo una noche, parecía como si una pequeña grieta se hubiera abierto en el embalse escondido de su vocación y, a modo de vía de agua, el desbordamiento de sus deseos por ese puesto de trabajo inundó todo su ser (39).*

> *Una especie de corriente eléctrica recorrió entonces el cuerpo de Rubén. Concluyó que de pronto había sido protagonista de algo parecido a un bautismo periodístico. De golpe entendió lo que suponía el periodismo en aquellos días y como si de un acto ceremonial se tratara, se unió a aquella extraña comunidad de testigos de excepción, a aquel grupo de extravagantes notarios de días tan históricos… y tan cotidianamente grises" (41).*

El análisis crítico de esta obra me permite concluir que, en el fondo íntimo de la narración de los diferentes episodios, en la manera variada de describir los diversos talantes de los personajes e, incluso en el atinado uso de los múltiples procedimientos literarios, podemos identificar los rasgos que, adecuadamente articulados, dibujan la concepción de la existencia humana: del tiempo, de los espacios, de los trabajos, del ocio, de la familia, del amor y de la amistad. Es un modelo ideal que da sentido a los diferentes comportamientos relatados. Como ejemplo suficientemente expresivo me permito reproducir un fragmento en el que, de manera notablemente aguda, se explica el riesgo que a todos nos acecha de absolutizar, sacralizar y divinizar algunas de nuestras convicciones:

> *…Chon abrió la losa de la cocina que daba al aljibe y en cuanto nos dimos cuenta nos fuimos las dos corriendo a mirar dentro. Para mí era*

una alberca llena de misterio, y mira por donde, Chon sacó al galápago con el cubo. El pobre arañaba las paredes con las uñas de las patas sin poder salir, animalito, con un ruido de lata de esos que te arañan las tripas, lo cogió sin miramientos y lo tiró rodando hasta donde estaba Pellejochoco. El pobre galápago se llevó un rato haciendo el trompo bocabajo hasta que se paró, sacó el pescuezo y apretando el pico contra el suelo se puso derecho. Las dos mirábamos como tontas a la tortuga y al perro. Empezaron a olerse y se acercaron los hocicos hasta tocarse. En ese momento le dije a Fuen: "Habla flojito, ahora Pellejochoco es el dios de la tortuga". No creas que no he pensado mucho en aquella tontería. A veces los niños tienen más cordura de lo que parece en las pamplinas que dicen. El galápago no conocía a otro ser de más altura que Pellejochoco, así que lo mejor es no encerrarse en albercas ni aljibes, mirar un poquito más allá y buscar la luz, de vez en cuando, no vaya a ser que te creas que cualquier Pellejochoco es un dios... ¿no crees tú? (43).

José Antonio Hernández Guerrero

Cádiz, junio de 2015

Los Años de la Ballena

A Berta y Raquel, ávidas correctoras que me mostraron
la belleza de lestrigones y cíclopes.

A Mari, rellano en el que respiré cada tres renglones.

Y a María, recién llegada, recién iluminando mis días.

... y todas las casas estaban llenas de palabras no dichas que gobernaban nuestras vidas y que rebotaban contra el recuerdo de la guerra, de cajitas no abiertas llenas de héroes y de cobardes, de muertos, de trampas,de cuentas que saldar y, sobre todo, de silencio, de un extraño silencio.

Nieves Vázquez Recio

I.
Reportero gráfico

Este hombre está mayor pero anda como si tuviera quince años el condenado, me lleva con la lengua fuera. Desde que salimos de la redacción voy detrás de él como un perrito y aún no me ha dicho ni pío. Está mucho más viejo que yo, va más cargado y sin embargo me tiene agotado.

Se acabaron las descargas de camiones de madrugada en la lonja, el "donar" sangre a cambio de dinero, los sablazos al padre de Ana... mi Ana... Te vas a sentir orgullosa de tu hombre, ya verás, tiempo al tiempo... ¡Cuánta gente! ¡Esto se anima!

—¡Uf!... ¡Usted perdone señora!

Menuda cara me ha puesto la mujer, y eso que me he disculpado. Casi me disloca el hombro.

¿Cómo no se me ocurrió antes esto de dedicarme a la fotografía? Todo el mundo dice que mis fotos tienen algo especial. Eso de tomarlas sin aviso, inesperadas, buscando gestos sin pose, naturales, originales... Creo que se me da bien. La pena es que para mí es tan sólo una afición, o al menos lo era hasta ahora... Definitivamente tenía que haberlo pensado antes, me habría preparado un poco.

Cuando el yerno del redactor comentó ayer que había una vacante de redactor gráfico en el periódico ni me lo pensé. Ahora me está remordiendo un poco la conciencia. Bernat es buen tío... muy legal... y yo le engañé a él y a todos los que estaban en la reunión proamnis-

tía. La cara que se le puso a Ana cuando dije que yo era fotógrafo. "Pero Rubén ¿tú qué vas a ser fotógrafo?" Me dijo en voz baja y disimulando. Ella siempre con su honestidad por delante, como si eso diera de comer... Vaya, me estoy sorprendiendo a mí mismo, la de tonterías que estoy pensando mientras camino ¡Pero si es eso precisamente lo que me gusta de ella! Es noble, honesta y me encanta que sea así...

Creo que voy a ofrecerme a ayudar a este hombre, a ver si se le quita el enfado...

—Garcés, ¿le llevo el maletín?... Le debe pesar mucho ¿no?

Nada, ni me responde. Tengo que reconocerlo, les he engañado, a Bernat, al redactor jefe y a este hombre cabreado que me lleva asfixiado por Las Ramblas. Míralo, con su americana caída a un lado por el peso de su maletín de cuero y su cámara colgada al pecho dándole golpecitos en la barriga con cada zancada. Con paso firme, como un militar que va a una misión, y yo detrás con la lengua fuera y con mi camarita AGFA. Tiene funda de cuero y da el pego, cualquiera que la vea de lejos se cree que es una reflex pero cuando la vio Garcés en la redacción me miró con cara de pocos amigos. A un profesional no se le engaña fácilmente. ¿Debo seguir disimulando o se habrá dado cuenta ya de que no tengo ni idea de las técnicas de fotografía, ni del revelado, ni de...? De nada, en realidad no tengo ni idea de este trabajo...

Nunca lo he probado profesionalmente, pero ya sé que esto es lo mío. Tengo que intentarlo. Me ha gustado lo que he visto en la redacción. Hoy es domingo y está medio vacía, pero aún así me ha atraído esa sala llena de mesas y papeles... parecía que tenía vida incluso sin los redactores en sus mesas... y el estudio de revelado de Garcés... ese estudio... ¡Les demostraré que valgo para este puesto!

Toda esta gente va a la manifestación también. Menudo follón. A Ana le hubiera gustado que le acompañara como otras veces pero ésta es mi excusa perfecta, no sólo por la posibilidad de un nuevo trabajo, también porque esto me atrae mucho más, qué carajo. Me gusta ser

testigo, enterarme, ver... y ésta es la mejor forma, para mí será una experiencia. Siempre me ha dado envidia la gente de la prensa, parecen moverse en las manifestaciones sin miedo a los porrazos de los grises. Más de una vez he visto a algún policía detener la porra en el aire en el último instante al ver ante sí el objetivo de una cámara enjuiciadora. Como el ojo de Polifemo pero con más suerte: ni los grises son Ulises ni sus porras entran en los ojos de los cíclopes. Para un fotógrafo de prensa la cámara es como su escudo, eso es un privilegio para el que le guste observar y conocer las cosas de cerca como es mi caso.

Últimamente me aburría un poco en las reuniones de Ana. No me gustó mucho el que su amiguito Pere aludiera a mi ascendencia andaluza cuando intenté hablar sobre el estatut.

—Si parlem d´amnistía, parlem d´amnistía, però l´estatut es un altra cosa... Què saps tu d´aixo si ets andalús?

¿Y qué tendrá eso que ver? Sé que lo dijo medio en broma, pero a la larga esas cosas hacen que te sientas un poco excluido. A veces pienso que en mi caso, esto de participar en manifestaciones o conciertos proamnistía es sólo por Ana y por dejarme llevar. Aún me sorprende ver sus lágrimas de emoción al oír L´estaca de Lluís Llach o la forma en la que grita consignas, o canta, o... se abraza a sus ca-ma-ra-das... Si consigo este puesto le demostraré que hay otras formas de aportar algo sin necesidad de gritar y correr delante de los grises. Aunque en realidad... ¿aportar a qué? ¿a la causa? ¿a su causa? Es igual, es mi chica, y su causa es la mía.

Cada vez hay más gente por aquí. Nos estamos acercando a la Plaza de Cataluña y este hombre sigue sin hablarme. Comienzo a sentirme mal con mi engaño. Se lo voy a decir, aunque eso suponga tener que plegar en el trabajo sin haber empezado siquiera. No creo que se niegue a que al menos termine la prueba que me encomendó el redactor jefe. Además, esto comienza a calentarse a pesar de que la gente parecía venir más con ánimo de picnic que de manifestación.

Se lo digo, no espero más, alea jacta est...

—¡Señor Garcés, yo no soy fotógrafo!

Cinta primera. Cara A.

Estos cacharros los carga el diablo, a ver si no meto la pata... uno... uno... probando...

Clic.

Vale, esto parece que va. Me estoy imaginando la cara que pondrás cuando me oigas, he comprado cuatro cintas. Supongo que no tendré que ir a buscar más, si es que son de media hora como dice el de la tienda... bueno, a lo mejor me corto nada más empezar a largar y con una o dos me sobra. Empiezo entonces, ten paciencia Rubén, ponte cómodo... allá va...

Bueno, pues yo soy Marta. Ea. En primer lugar no, no soy jerezana. Como ya sabes soy de La Isla, cañaílla. Ya sabrás también que a los de San Fernando nos llaman así ¿no? Pues sí, cañaílla. Me ha hecho gracia tu búsqueda por Jerez. Lo de "jerezana" me lo puso una vecina catalana porque le dio por ahí. Ella decía que yo hablaba parecido a la Lola Flores y se le antojó ponerme La Jerezana, ya ves. ¡La de vueltas que habrás dado hasta dar conmigo, tienes el cielo ganao! ¡Sí, me estoy riendo, esto de ser vieja me da algunas licencias!

No sé qué harás luego con todo lo que te cuente. Me conozco y sé que si cojo la retahíla no habrá quien me pare, tenlo en cuenta. ¡A lo mejor algún día eres capaz de escribir un libro o algo así con tus amigos los periodistas! ¡Quién sabe! Total, con darle un poquito de forma...

Piensas que es la curiosidad la que te mueve a conocer mi historia. Eso está bien. Pero además de eso hay otro motivo del que a lo mejor ni siquiera te has dado cuenta. Tus ganas de conocer implican generosidad y humildad,

al menos así lo entiendo yo. Las personas egoístas no necesitan saber nada más que de lo suyo, de sus aficiones como mucho, pero no se interesan por la cultura ni por las cosas de los demás. Me estoy imaginando tu cara, si pudiera verte ahora sabría si estoy en lo cierto... Espero no decepcionarte Rubén.

Creo que el contarte mis recuerdos me va a servir de mucho, aunque a veces me duela. Si soy capaz de relatarte lo que pasé en aquellos años tan duros, llegarás a notar que alguna que otra lágrima me quiebra la voz. Pero no creas, no soy de las que se quedan con el corazón encogío sin poder hablar. Supongo que con una paradita para retomar el resuello podré seguir hasta el final. Ya son muchos años luchando para que unos recuerdos tristes me detengan en el camino. Además, ya está bien de esconderlo todo, de callarse las miserias y las alegrías. Contigo me ha pasado como les pasaría a los asesinos de los crímenes perfectos, que si al cabo de los años llegara un guardia a su casa para notificarles una multa de tráfico o algún otro asunto así de tonto, son capaces de venirse abajo y contarle todos los detalles del asesinato para poder descansar por fin. La mente Rubén, la mente que no para ni en casa de una. ¡Con esto no quiero decirte que yo haya cometido ningún crimen, que conste! ¿O sí...? Ay, que me lío yo sola... Tú oye esto y ya está.

Son tiempos de cambio, y esa es la religión de hoy, el cambio. No te creas eso de que la religión es solamente lo de Dios, los santos y esas cosas. La religión es de lo que se alimenta el gentío, sea el tema que sea, unas veces toca el fútbol, otras la guerra con el país de al lado, otras la serie de moda en la televisión... y ahora toca el cambio, la transición, mira por dónde. A ver si eso hace que poquito a poco vayamos madurando. Algún día tendrán que salir a la luz los detalles de todo cuanto pasó de verdad, digo yo. Hay mucha gente que luchó, sufrió y luego se lo tragó todo en silencio. Por un lado, si se abren las heridas, no sé... no sé si alguna vez podremos convivir por fin en paz... Pensándolo bien, te pediría tan sólo una cosa: que guardes las cintas por ahora, ya habrá tiempo... es que hay gente a la que nombraré y... bueno, no te preocupes, eso ya lo aclararemos en su momento.

Dentro de unos años ya verás como se puede hablar con más tranquilidad de todo aquello. Por ahora intentaré matar el gusanillo de tu curiosidad, que es la causa de que esté yo aquí charlando, bueno, charlando no, que para una charla tiene que haber dos y aquí parezco yo una tonta hablándole a este cacharro.

Ya te habrás dado cuenta de que me refería a la Guerra Civil, aunque es

sólo en parte. Se hicieron muchas bestialidades, pero ese es otro tema, ni te las quiero relatar ni las quiero relacionar con una ideología u otra, el que es mala gente es mala gente y punto, haya salido del co...

Clic...

El que es mala persona es mala persona venga del vientre que venga. Por lo que no paso es por el abuso de los que ganaron sobre los pobres que perdieron, esa falta de piedad es lo que nunca entendí y me enrabia, aunque a veces he llegado a pensar que en otras circunstancias a lo mejor hubiera sido yo una respetable señora de mantilla en las procesiones de Semana Santa y que quizás, imagínate, hubiera cantado yo las alabanzas del glorioso movimiento nacional en las tertulias en casa de mis amigas. ¡Quién sabe!... Seguro que estás sonriendo, me has visto y supongo que no me imaginas con mantilla, pero te estoy hablando en serio, son cosas que nunca se saben a priori. Por cierto, ya que he sacado esta palabra tan cursi, espero que no te sorprendas por mi forma de hablar, sé que mi acento es un poco cambiante. A veces me dicen que según de qué tema hable, me notan más o menos acento andaluz. No me lo tengas en cuenta. Han sido muchos años de desplazamientos forzosos y a veces me he tenido que adaptar a duras penas a cada sitio de acogida. Al principio eso me provocaba un complejo que no veas. Yo misma me sorprendo de vez en cuando usando unas eses la mar de finas que no sé de dónde puñetas me salen y otras con las zetas más castizas del mundo, pero esa es otra ventaja de la madurez, al final vas encontrando tu sitio y te importan menos las apariencias... ade-más, qué leñe, no tengo por qué esconder mi andalucismo, aunque alguien al oírme se pueda pensar que soy una folclórica retirada del faranduleo. En realidad a estas alturas no me tendría que esconder de nada, ni siquiera tenía que haber huído ante tu cámara, pero tuve un acto reflejo, ¡he tenido que salir tantas veces corriendo...! pero todo a su tiempo, te lo voy a contar paso a paso. ¿De que te estaba yo hablando? Ah, de los andaluces. Pues como te decía, estoy jartita de los tópicos y, además, a nosotros nos ha tocado el peor; el de los simpáticos ignorantes que sólo valen para servir a los ricos en sus casas, contar chistes, cantar en las juergas y trabajar en el campo como mulos. Tópico típico. Andalucía hasta ahora se ha desangrado con la

emigración, pero esto va a cambiar, ya lo verás. Entre otras cosas llegará el momento en que no nos avergoncemos de tener acento propio.

El otro día estuve hablando con una amiga de Algeciras y se me venían a la boca palabras que ya no usaba desde hacía muchos años. ¿Has oído hablar de la tinta invisible? Es esa tinta que se usa en los escritos secretos para que nadie intercepte el mensaje que se quiere enviar. Seguro que en alguna película la habrás visto. Escribes con esa tinta y aparentemente no se ve nada, sólo un papel en blanco, y luego el que recibe el mensaje saca el texto a la luz con el calor de una lámpara, humedad, o con cualquier otro método apropiado. Ya te contaré alguna ocasión en la que vi cómo se usaba ese sistema. ¿Te sorprende? ¡Uf! Pues vas a tener muchos motivos más para sorprenderte. Espero que tengas la paciencia y el interés necesario para no aburrirte con mis historias. Después de todo has sido tú quien ha dado conmigo, así que tendrás que apalancarte y estar al tanto de lo que te vaya contando. Pero ¿a qué venía eso de la tinta invisible? ¡Ah! ¡Ya recuerdo! Era por lo que te decía de la forma de hablar de mi tierra, de las palabras que usaba en mi infancia y mi juventud. Las tenía grabadas en mi cabeza como si me las hubiera escrito en el cerebro con ese tipo de tinta, pero no las pronunciaba desde hacía muchos años, y el método de sacarlas a la luz, en vez del calor de una vela o algún producto químico es, en este caso, el encontrarme con gente de allí o simplemente el hablar con alguien que me lleve a aquellos días, como es ahora tu caso... bueno, el de la maquinita esta, mejor dicho.

Supongo que se te pasarán por alto algunas de mis expresiones o que incluso no entenderás mi forma de hablar en alguna ocasión, intentaré explicarme lo más clarito posible aunque seguro que más de una vez se me irá la olla y me enrollaré más de la cuenta. Me noto un poco espesita con los recuerdos, pero a medida que voy hablando me voy metiendo más en lo mío.

¿Te parece que comencemos con mi infancia? Pero... ¿estoy grabando o no? Como esto no hace ruiditos ni nada... las ruedecitas están andando... Ah, entonces es que no ha dejado de grabar... pues sigo...

Creo que el otro día cuando nos vimos te quedaste sorprendido. Antes me habías visto vestida de... vamos, que estaba un poco descuidada, y luego tan arregladita. Una mujer de sesenta y tres, que son los que yo tengo, puede ser una vieja si no se arregla o una madurita interesante si se sabe apañar un

poco. Yo creo que me has visto muy bien para mi edad... ¿a que sí? yo me lo digo tó. Es que me siento muy bien, la verdad, muy saludable y fuerte. Eso tiene su explicación: en la infancia es donde se forma la base para tener un cuerpo sano y yo puedo presumir de que en mi etapa de crecimiento no me faltaron ni alimentos ni buenos cuidados. Creo que los que tienen algunos años menos que yo no pueden decir lo mismo. Los que sufrieron los peores años de restricciones y racionamientos en la posguerra, el tiempo del hambre como le llama mucha gente, ahora tienen sobre cuarenta y tantos y en general crecieron a duras penas en aquellos años tan malos. Yo ahora tengo sesenta y tres como te decía, y cuando saltó el Movimiento tenía veintitrés años recién cumplidos, estaba ya bien criadita. Fuensanta los cumplió días después. Mi Fuensanta... éramos como hermanas... Pero vamos por partes, de Fuensanta te hablo luego.

Mi padre era capataz en la Constructora, una empresa de construcción naval y de armamento. Era un cántabro de Reinosa que se fue a San Fernando para formarse y se quedó allí hasta su muerte poco antes de que comenzara la guerra. Creo que era el único montañés de La Isla que no tenía una tienda de ultramarinos.

Por lo visto, después del desastre del noventa y ocho, con la pérdida de Cuba y de casi toda la Armada, Maura se propuso crear de nuevo una gran flota de barcos y así nació la empresa Sociedad Española de Construcción Naval, que fue la que contrató a mi padre en Reinosa —todo esto nos lo contaba él con mucho arte, que le encantaba contar historias, y a mí se quedaba tó —Pues eso, que allí se iban a construir una especie de altos hornos y fábricas de armamento y artillería para nutrir a los astilleros. Varios operarios, los más preparados, salieron hacia Cartagena, Ferrol y San Fernando para formarse. A mi padre le tocó La Isla y gracias a aquella jugada del destino aquí estoy yo hablándote, porque si no hubiera ido a trabajar a aquel sitio, no habría conocido a mi madre, de la que enseguida se enamoró perdidamente. La verdad es que mi madre, además de guapa, tenía una gracia que quitaba el sentío, siempre cantando y riendo a todas horas, ¡como pa no enamorarse de ella! Ojalá hubiera yo sacado un poquito de su gracia, pero creo que salgo más a él. Tan fuerte le dio a mi padre que hizo todo lo posible por quedarse y no volver a su tierra, el pueblo de mis abuelos. Le costó, pero ya sabes lo que dice el refrán; tiran más dos te... eso mismo, tú me entiendes.

La nueva fábrica de Reinosa se abrió sin él, y dicen que eso le costó un disgusto a quién lo envió porque le tenían mucha estima tanto los ingenieros como los empresarios ingleses, que no sé que pintaban los ingleses en aquella empresa, pero mi padre los nombraba a cada momento y les tenía mucho respeto por cierto. En San Fernando no tardó en hacerse con un puesto de capataz en La Constructora; tenía mucha presencia, conocimientos y, para más inri, se benefició de ese maldito complejo de inferioridad que siempre hemos tenido los andaluces con respecto a los que vienen de fuera. En cuanto nos habla alguien con todas las eses nos creemos que es ingeniero o arquitecto, y a lo mejor el pobre no sabe ni escribir. Así que él no lo tuvo difícil para ganarse el respeto de todo el mundo en la fábrica. Llevaba poco tiempo en La Isla cuando se casó y al poco nací yo, en el año trece, ayer por la tarde como quien dice. Mi padre desde pequeñita me llamaba chicuca. Eso era simplemente un diminutivo montañés, pero en la Isla todo el mundo se creía que eso significaba tendero o chico de los recados, o qué se yo, el caso es que los demás niños se chufleaban de mí por eso. "¡Marta, chicuca, dame un cuarto y mitad de azúcar!", y oyendo esta cantinela me crié yo en La Isla.

Vivíamos junto a la calle Real. Mi padre tenía un buen sueldo, aunque eso no evitaba que se le considerara un obrero, que va. En aquel entonces no creas que todo consistía en tener dinero. Mi padre lo tenía, pero no poseía la situación adecuada para disfrutar de todo lo que supuestamente se podía comprar. De comer no nos faltaba, pero recuerdo que mi padre me compró un abrigo de vicuña cuando yo tendría unos seis añitos y sólo pude ponérmelo cuatro o cinco veces, lo usaba nada más cuando salíamos de La Isla... ¡y mira que pasé frío! El habérmelo puesto por la calle Real se habría interpretado como una afrenta por más de una señoritinga de entonces, esas de las que te dicen de vez en cuando; "usted no sabe con quién está hablando"... o... "ese es un don nadie", o cosas así, esas personas que presumen tanto de cuna y solamente tienen pamplinas en la cabeza, tú me entiendes. O sea, que nos podíamos poner el abrigo dentro de casa y ponernos púos de comer, pero que eso no se nos notara en la calle. Mira por dónde, me acuerdo ahora de una palabra que se usaba mucho entonces, ¿lo ves? ya está empezando a alumbrarme la vela que activa la tinta invisible en mi cerebro, esa de la que te hablaba antes. "Ése es un chirlachi", así era como se les llamaba a los de baja cuna y poco parné, chirlachi. Recuerdo que también podía...

II.
Manifestación

Garcés, el veterano reportero, se paró bruscamente como si unas invisibles riendas hubieran tirado de él en seco.

—¿Qué me estás diciendo? —Preguntó mientras se volvía lentamente hacia Rubén.

—Que no soy fotógrafo. Necesitaba este puesto, estoy recién casado y en paro y no tenía otra opción. Le prometo que haré todo lo posible por aprender pronto.

Garcés le miró de arriba abajo. Rubén se sorprendió al verle la cara. Le esperaba airado, pero pensó entonces que aquel gesto no le demostraba ni afecto ni desprecio, ni frío ni calor. Sabía que no lo tenía fácil, sin embargo esa sensación de neutralidad que apreció en su rostro maduro le dio esperanzas. No estaba equivocado, a pesar de que aún no sabía que fue su bigotón entre gris, blanco y amarillo lo que realmente le impidió apreciar su verdadera expresión.

La situación en la Plaza de Cataluña comenzaba a crisparse. Era el primer domingo de febrero. A pesar del riesgo implícito de las manifestaciones, había también algo de festivo en ellas. Los policías ya se habían colocado en posición y los manifestantes, arengándose unos a otros, comenzaban a increparles. Estas escenas se estaban convirtiendo en cotidianas desde hacía varios meses. Las consignas gritadas por los manifestantes crecían poco a poco en el aire, ocupando el espacio que dejaban las palomas en su huída. ¡Lliber-